

La Revelación de Cristo en el Antiguo y el Nuevo Testamento

Un sermón para el Adviento basado en Génesis 49:9

Por Rev. W.C. Lamain

Lectura Bíblica: Génesis 49

Salterio 207:1-3

248:1-3

353:3

5:4, 5

Querida congregación:

Es muy notable fijarnos en los diferentes nombres que se emplean para hablar de Cristo tanto en el Antiguo como el Nuevo Testamento. Cada nombre que se refiere a Él, especialmente en el Antiguo Testamento, señala Su grandeza y Su majestad, y también la plenitud que hay en el Señor Jesucristo. Que bendición es que Le haya complacido al Señor revelar tanto acerca de Cristo en Su Palabra, ya que nosotros por naturaleza Lo desconocemos tanto. El Señor también hace esto para darnos una impresión de la grandeza de Él, Quien fue prometido a la Iglesia del Antiguo Testamento, como el Mesías y el Salvador del mundo.

Hoy deseo explicar uno de los nombres del Salvador. Pueden encontrar nuestro texto en Génesis 49, versículo 9: “*Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, así como león viejo; ¿quién lo despertará?*” Con estas palabras quisiera hablar algunas palabras sobre

La Revelación de Cristo en el Antiguo y el Nuevo Testamento

En la Palabra de Dios, vemos muchas veces que se compara a Cristo con animales, todos creados por el Señor. En Juan 1:29 se habla del “Cordero de Dios”, así comparando a Cristo a un cordero para destacar Su mansedumbre. Cuando el Señor habla del gran deseo de Cristo que Su pueblo sea salvo, se refiere a Él en Mateo 23:37 como la gallina que junta sus polluelos debajo de sus alas. Cristo dijo a aquel pueblo judío: “*¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!*” En Deuteronomio 32, cuando se habla de la gran fidelidad todopoderosa de Cristo, se compara a Cristo con el águila (v. 11, 12). En Cantares se habla de la rapidez de Cristo, y cómo Él se apresura a visitar a Su pueblo, y se Lo compara a un “corzo” o “cervatillo”, que son como ciervos. (Cant. 2:9, 2:17, 8:14).

En nuestro texto esta mañana, Cristo se compara a un león. Debemos fijarnos en varias cosas en cuanto a este asunto. El texto no habla sobre cualquier león, sino que se habla acerca del “cachorro de león”: un león muy joven. Luego, el texto habla acerca de un “león” (se echó como león), y al final del texto, se habla acerca de un “león viejo”. Así que tres veces aparece la palabra “león”, pero cada vez aparece de una manera diferente. ¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué en este texto se habla de un cachorro de león, de un león maduro, y luego de un león viejo? Es necesario, especialmente para los jóvenes entre nosotros, que expliquemos por qué se refiere a Cristo de estas tres maneras.

El “cachorro” de león se refiere al *coraje*, mientras el león maduro se refiere al *crecimiento*. El cachorro no tiene mucha experiencia, pero el león maduro demuestra su crecimiento. El león viejo al que se refiere en el texto demuestra la *autoridad* de un león.

Cuando pensamos en este símbolo que se menciona en nuestro texto, debemos darnos cuenta de la riqueza de la promesa que ha hablado Jacob en su lecho de muerte, en primer lugar en cuanto a Judá, en segundo lugar en cuanto a su tribu, y por último en cuanto al cumplimiento de la promesa que es el Señor Jesucristo.

Jacob dice que Judá es “cachorro de león”. El león es el rey de todos los animales del monte. La historia nos cuenta que cuando un león comienza a rugir, no hay otro animal que se atreva a moverse, pues todos los animales silvestres tienen mucho miedo del león. Por supuesto sabemos que el león siempre está buscando algo que devorar, y por eso, tanto los hombres como las bestias tienen mucho temor del león.

En su lecho de muerte, Jacob no era como el Jacob de antes, que siempre quería que el Mesías viniera de la tribu de José o Benjamín. Una y otra vez vemos ese milagro de la gracia soberana: Cristo sería nacido no de José ni de Benjamín, sino que fue el deseo de Dios que Cristo naciera de la tribu de Judá. Es decir, el Salvador nacería de la descendencia de un hombre que no tenía la mejor reputación; más bien, en su vida joven había sido muy pecaminoso. No obstante, el Señor había escogido a Judá. Si nos fijamos en la Palabra de Dios en el lugar tan favorecido que este Judá había recibido, nos quedamos maravillados. El Señor había escogido a Judá para glorificarse por medio de él, para que tanto la persona de Judá como la tribu de él recibieran el gran honor: el Rey de reyes y el Señor de señores nacería de él.

“Cachorro de león, Judá”. Esta impresión que el Señor nos da en este versículo también debe impresionar a las otras once tribus de Israel. ¿Quién de los once fue él que se destacaba, también

durante los cuarenta años que Israel pasó en el desierto? ¿Sobre los hombros de quién el Señor había puesto autoridad? Fue la tribu de Judá. Había respeto para esa tribu, y ese respeto seguía, pues posteriormente nacieron varios reyes de Judá, e incluso algunos reyes con el temor de Dios. Esta señal y promesa especial para la tribu de Judá se veía aún antes de que David fuera rey. Cuando era joven, David, de la tribu de Judá, mató un león; no le tenía miedo. Luego, sin la armadura de Saúl, y sólo con cinco piedras, David se encontró con Goliath en el nombre del Señor, y pronto el gigante yació muerto como enemigo vencido. Con esto se señaló la gloria y la majestad del Señor Jesucristo.

Las mujeres de Israel cantaban: “*Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles*” (1 Sm. 18:8). Ustedes saben cómo esto hizo que Saúl se llenara de enemistad, y él nunca pudo someterse a esto. Vemos al hombre natural en la reacción de Saúl, porque es sólo por la gracia de Dios que podamos someternos a la majestad de Cristo; por naturaleza nos es imposible. Sin embargo, por más grande que sea nuestra enemistad contra Cristo, tarde o temprano perderemos la batalla. Desde el momento cuando Adán cayó en el Paraíso, el Señor puso enemistad entre la Simiente de la mujer y la del serpiente. Esa enemistad siempre existía, porque el diablo ha sabido desde el principio que nunca tendrá la victoria, y nuestra consciencia nos dice lo mismo. El Señor está por encima del hombre; *Cristo* tiene dominio sobre cada hombre. Leemos en Salmos 72 que todos se postrarán ante Cristo. Esto incluye a los reyes del mundo, los magistrados, los mendigos en la calle, los que maldicen a Dios, y aún el ateo más feroz que quiere negar que haya un Dios. Si no ocurre por este lado de la tumba, habrá un día cuando ante Él se doblará toda rodilla. (Ro. 14:11).

Todos sabemos la historia de Belshazzar, de Herodes, y de otros tantos en la Biblia quienes se negaron a arrodillarse ante Cristo. Sin embargo, leemos que aquella misma noche, después de burlarse del Señor y de las promesas que Dios había dado a la Iglesia, Belshazzar murió. Leemos que un ángel del Señor hirió a Herodes, y murió. Saúl decía a su hijo Jonatán que mientras vivía David, ellos no prosperarían. Y eso es porque Cristo nacería de la descendencia de David.

A pesar de la enemistad, el Señor siempre cuidaba aquella tribu de Judá. Sabemos lo que ocurrió con Roboam y Jeroboam. Jeroboam se separó de la casa de David y de Judá, así literalmente separándose de Cristo, pero Judá se quedó con David, y así Judá se quedó con Cristo. Es notable que el poderoso Espíritu de Cristo estaba sobre Judá, y los diez otros tribus siguieron a Jeroboam y sus ídolos e imágenes.

¿En qué se distinguieron esos dos grupos? Les daré un ejemplo sencillo para entenderlo. Hace muchos años había un anciano que se puso tan enfermo de manera que ya no podía hacer uso de sus brazos y sus piernas. Le visitó un médico y le dijo: “Yo te puedo ayudar; después de una semana estarás sano otra vez”. El hombre respondió al médico: “Doctor, prefiero mucho ser castigado por el Señor que sanarme por medio del diablo”. Amigos, es mejor estar con el Señor, incluso con castigos, que estar con el diablo y tener lo que él puede dar. Este anciano había recibido el Espíritu de Cristo, y ese mismo Espíritu obraba en la tribu de Judá también.

El Señor nunca le dio a Israel a un rey de la casa de Jeroboam, y no leemos ni una vez de los reyes de Israel que tenían el temor de Dios. Sin embargo, Dios sí dio reyes temerosos de Dios de la tribu de Judá. Pensamos en David, en Salomón, en Josías, en Ezequías, en Josafat. El favor de Dios Padre estaba sobre Cristo, y por lo tanto el favor del Señor siempre estaba sobre la tribu de Judá. No podemos negar que los de Judá también tenían sus pecados, y tuvieron que ser llevado cautivos por causa de sus pecados. No obstante, la Biblia nos dice que “...*en Judá las cosas fueron bien*” (2 Crón. 12:2).

Ahora bien, si miramos eso en luz del lecho de muerte de Jacob, él hablaba acerca de su hijo Judá y la tribu de Judá. No obstante, debemos mirar más allá de David y más alto que la tribu de Judá: debemos mirar al Cristo bendito.

Volviendo a nuestro texto: “*Cachorro de león, Judá*”, no sólo la tribu de Judá, sino especialmente el Mesías, Quien nacería de la casa y familia de David, es aquel cachorro de león. Fijémonos en el *coraje* del Señor Jesucristo: cuando tenía doce años se sentaba en medio de los doctores de la ley en Jerusalén. Él no tenía vergüenza, sino que estaba lleno de coraje. Fue el Hijo de Dios, y como el Mediador tenía todo poder en los cielos y en la tierra. Si consideramos la vida entera del Señor Jesucristo en este mundo, veremos que se reveló como “cachorro de león” en su predicación, cuando sanaba, cuando hacía milagros, y cuando andaba en medio de los fariseos, las escribas y los demás enemigos. Especialmente en Su vida, en Sus sufrimientos, y en Su muerte, Cristo se ha revelado como cachorro de león. Cuando los soldados se acercaron a Cristo en Getsemaní y Cristo les preguntó a quién buscaban, cada uno de ellos se cayó hacia atrás. ¡Qué coraje y qué poder demostró Cristo allí! Él había podido matar a cada uno de ellos esa noche; sin embargo, fue la voluntad de Su Padre que Él sufriera, que Él muriera, y que Él se rindiera en las manos de ellos. Cuando fue crucificado, Él clamó a Su Padre: “*Padre, perdónalos, porque nos saben lo que hacen*” (Lc. 23:34). También Cristo le otorgó perdón a un

pobre pecador arrepentido que estaba en una cruz al lado suyo, y que confesaba su pecado. Entonces, Cristo, como cachorro de león, le dijo: “*De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*” (Lc. 23:43). Como cachorro de león Cristo, inclinó la cabeza y entregó el espíritu.

Como cachorro de león Cristo resucitó de la tumba en la mañana del tercer día. Esto aconteció con tanto poder y gloria, de modo que todos los guardas temblaron y se quedaron como muertos, y luego huyeron a la ciudad. En aquel primer día de Su resurrección, Cristo se reveló a Sus hijos cinco veces. Él les había dado el perdón de sus pecados y la restauración a la comunión con Él. Les dio la bendición de Su Padre y la paz del Padre que él había merecido, aquella paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. “*Mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da*” (Juan 14:28). ¿Había siquiera uno de Sus enemigos que pudiera quitarles esa paz? No, ni siquiera uno, porque cachorro de león es Judá.

El patriarca Jacob profetizó acerca del Señor Jesucristo desde el principio hasta el fin: “*De la presa subiste, hijo mío*”. Esa “presa” se refiere a todos a quienes el Padre le había dado a Su Hijo en el Consejo de Paz. Amigos, si pertenecemos a la denominación reformada o bautista o ninguna denominación, *todos* somos enemigos de Dios. No hay diferencia; ¡todos somos enemigos! No hay ni siquiera un solo hombre que haya deseado arrodillarse delante del Señor. Todos hemos hecho un pacto con el diablo en el Paraíso. Oh, podemos ser tan religiosos, y la gente lo puede ver en nuestros rostros, pero por dentro somos enemigos. Mostramos con nuestra vida que no queremos que el Señor sea nuestro Rey. Todos pensamos que aún tenemos tiempo, incluso los que tienen ochenta y hasta noventa años. Dejamos para otro día nuestra conversión, ¿y por qué? No tenemos ningún deseo caer en las manos del Dios viviente. Lo rechazamos y Lo negamos porque queremos ser nuestros propios dueños. No obstante, escucha lo que dice Cristo: “*Todo lo que Padre me da, vendrá a mí*” (Juan 6:47). Este pueblo elegido es la “presa” dado por el Padre a Cristo.

“*De la presa subiste, hijo mío*”. En primer lugar, esto se refiere al estado de humillación del Señor Jesucristo. “*Subiste*”; quiere decir que primeramente había estado abajo. Oh, Cristo ha herido a la serpiente en la cabeza, para que su poder fuere roto para siempre. Satanás todavía tiene algo de poder, y el pueblo de Dios lo experimenta durante toda su vida que Satanás procura destruirlos. Hay pocos días de su vida cuando no se afligen con esto. No obstante, la cabeza del diablo ha sido herida, y él no vencerá jamás.

Pero luego viene el tiempo cuando los hijos Dios experimenta el tiempo de la “buena voluntad” de Dios: “...porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil 2:13). Oh congregación, ¡que milagro es que ha habido la buena voluntad de Dios para salvar a pecadores! Nunca podemos hablar demasiado de eso, y nunca podemos estimarlo demasiado, porque si dependiera de nosotros, ¡no habría esperanza! Leemos de la vida de Agustín, que a veces veía el infierno delante de él, y clamaba a Dios: “¡Señor, conviérteme”! Pero tan pronto que estas convicciones se apaciguaron un poco, Agustín decía, “pero no ahora, Señor”.

Es Dios y Él sólo que puede romper el poder de Satanás en el corazón. El Señor convence a Su pueblo una y otra vez acerca de su enemistad contra Él. Sin embargo, qué bendición es lo que leemos en Salmo 110:3: “*Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder*”. Entonces llega a ser el deleite del pueblo de Dios arrodillarse delante del Señor. Esa alegría ya comienza en este mundo, cuando por la primera vez se arrodillan delante del Señor, confesando su culpa y su pecado. Cuando ocurre eso, dicen con Pablo: “*Señor, ¿qué quieres que haga?*” (Hechos 9:6). Inmediatamente hay una dulzura que se siente al arrodillarse delante del Señor, y es por lo tanto que muchas veces los hijos de Dios anhelan experimentarlo otra vez. Dicen: “Oh Señor, que pudiera estar en aquel lugar una vez más, cuando fue verdadero en mi vida, y no fue hipocresía, y cuando fui privilegiado de abrir mi corazón ante Ti”. Queridos amigos, si nunca tenemos una vida secreta con Dios por este lado de la tumba, significa que estamos sin la gracia. Por otro lado, si hay la gracia en el corazón, nos postramos una y otra vez delante de Dios. Oh jóvenes entre nosotros, nunca tengan vergüenza de esa vida.

¡Los caminos de Dios son maravillosos! Él es un buen Dios para con los que Le temen, y el servirle a Él es todo, tanto en la vida como en la muerte. El mundo es tan pero tan vacío. Jóvenes, algún día se darán cuenta de esto, que cuanto más años tienen, tanto más la vida se hace vacía. No obstante, “*El que me halle, hallará la vida, alcanzará el favor de Jehová*”. (Pr. 8:35).

Nuestro texto dice: “*Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío*”. Cristo se humilló hasta lo profundo del infierno para satisfacer la justicia de Su Padre y para redimir a Su Iglesia, pero aquí leemos: “...*subiste, hijo mío*”. Cristo murió y fue sepultado, pero Cristo también resucitó de la muerte, y cuarenta días después ascendió al cielo. ¿Subió Cristo solo? ¡No! Su presa, la Iglesia, estaba en Sus manos. Como dice el apóstol Pablo: “...*aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente*

con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef. 2:5, 6).

Luego leemos en nuestro texto: *“Se encorvó, se echó como león, así como león viejo”*. “Se encorvó”, porque cuando aquel León tenía su presa, se había echado para descansar. Ahí estaba Su presa, y Cristo la miró; miró al pueblo que había recibido de Su Padre, y para quien Él había dado Su sangre como rescate. “Se encorvó”. ¿Acaso el León no tiene miedo de que pierda su presa así? ¡No! Las puertas del infierno nunca prevalecerán contra la Iglesia de Dios. (Mt. 16:18). También leemos: *“No perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno”* (Juan 10:28-30).

“Se encorvó”. Oh, el conocimiento de esto es una gran bendición, sabiendo que ya que Cristo ha recibido a Su pueblo y lo ha redimido, nunca jamás volverá a estar bajo el poder del diablo. Sí, la vida de ese pueblo puede ser difícil, y es posible que se llene de temor, porque no siempre puede creerlo, y muchas veces hay más incredulidad que fe. Sin embargo, “Se encorvó”.

Ahí está el León de Judá, echado. He leído en libros acerca de la naturaleza, que un león duerme muy poco, y si duerme lo hace con los ojos abiertos, de modo que no hay nada ni nadie que se atreve a acercarse a él. Congregación, ¿alguna vez se ha dado cuenta de cómo Cristo cuida a Su pueblo? Cuando Cristo hirió la cabeza de Satanás, entonces (hablando como humano), el diablo quedó tan herido de modo que durante los cuarenta días que Cristo estaba en la tierra después de Su resurrección, Satanás nunca se atrevió a venir en la presencia de Cristo. Es cierto que Satanás aún se acerca al pueblo de Cristo, pero no se atreve a acercarse al Rey. ¡Jamás!

El texto dice: *“Se encorvó; se echó como león”*. Allí está Él como un león, con todo Su poder y autoridad, y en Su plena majestad. Él está tan seguro, de modo que dijo a Su Padre en Juan 17: *“A los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió”* (v. 12). Ustedes saben cómo pueden caer los hijos de Dios; sólo miremos a Pedro, quien negó a Su Maestro tres veces. Pueden casi llegar a la desesperación o la indiferencia total. Leemos en Salmos 3 lo que dijo David acerca de sus enemigos: *“Muchos son los que se levantan contra mí. Muchos son los que dicen de mí: No hay para él salvación en Dios”* (v. 2).

A pesar de que las necesidades pueden ser muchas para el pueblo de Dios, no obstante leemos en nuestro texto: *“Se encorvó, se echó como león, así como león viejo; ¿quién lo despertará?”* El principado está sobre Su hombro (Is. 9:6), y Cristo reina y cuida a Sus hijos,

recogiéndolos, sosteniéndolos, preservándolos, y al final redimiéndolos. No existe ni un solo hombre que pueda alcanzar a Cristo para derribarlo, porque Cristo es Rey de los reyes y Señor de los señores. Como el Judá Mayor, Él ha prometido a Su Padre que hará volver a su “Benjamín” a Su Padre, y Él lo hará en el gran Día de Juico, cuando Él dirá: *“He aquí, yo y los hijos que me dio Jehová”* (Isaías 8:18). No habrá ninguno de ellos que se quedará atrás. Igual que el arca de Noé: los animales grandes y pequeños entraron en el arca, y el Señor no cerró la puerta hasta que entrara el último reptil que se arrastra.

Antes de terminar con unas palabras de aplicación personal, vamos a cantar del **Salterio 353:3**.

Ahora, queridos amigos, sólo quisiera decir unas pocas palabras más antes de terminar este mensaje. La predicación acerca del león en nuestro texto, la cual hemos escuchado del lecho de muerte de Jacob, es una predicación seria para todos que todavía viven en el estado en que se nacieron. Para cada uno el mensaje es: “Hay que nacer de nuevo para poder entrar en el reino de los cielos”. Ahora bien, todavía se predica en medio de nosotros la manera por la cual Dios Padre ha ordenado que seamos convertidos y restaurados a la comunión de Dios. Aún nos está enviada aquella predicación acerca de Aquel Cristo bendito, aquel único Nombre bajo el cielo en que podamos ser salvos, y Dios todavía envía el mensaje de la salvación a personas que se han separado de Dios por su propia voluntad, sea que nos damos cuenta de ello o no. Todos mostramos, de una manera u otra, nuestra enemistad contra el Señor, y se manifiesta en el hecho de que nos alejamos de Él, y por naturaleza no venimos a Él.

Jóvenes y ancianos entre nosotros, hemos escuchado acerca del león en la naturaleza, y cuán poderoso y terrible es ese animal, y no hace más que devorar, y no tiene miedo de ningún otro animal. Hemos visto, sin embargo, como este león representa a Cristo, que recoge Su presa, el pueblo de Dios, y que no hay enemigo que Lo pueda vencer. Todos nosotros estamos acercando al día y la hora cuando tendremos que comparecer delante de Él. Seamos ricos o pobres, ancianos o niños, nos llegará el día de nuestra muerte cuando estaremos delante del Señor. El Pastor Van der Groe, uno de nuestros antepasados, ha escrito: “Hoy es día de buscarlo, hoy es el día de llamarle, y hoy es día de encontrarlo”. Yo quisiera repetir esas mismas palabras a ustedes hoy. También quisiera decirles que Dios nos dice en Salmos 89:19: *“He puesto el socorro sobre uno que es poderoso”*. Sea lo que sea nuestra vida, no hay nada que sea demasiado maravilloso

para el Señor. Él nos puede romper el corazón, nuestra enemistad, nuestra incredulidad, y todos los pensamientos malos que tenemos acerca del Señor y acerca de Cristo. Que Le complazca al Señor llevarnos a Sus pies.

También he leído en un libro que el león no hace daño a los niños. El León de la tribu de Judá tampoco hiere a Sus hijos: “*Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de tales es el reino de los cielos*”. (Mt. 19:14). Cuanto más pequeño nos hacemos, y cuanto más nos postramos en el polvo, reconociendo que no merecemos nada, tanto más recibimos un mejor lugar a los pies de Jesús. Sin embargo, es necesario que el Señor nos lleve a aquel lugar una y otra vez.

Jóvenes y ancianos, que estas palabras encuentren lugar en nuestro corazón con el poder del Espíritu Santo, y que nos postremos delante del Señor Jesucristo antes de que inflame su ira y nos deseche de delante de Sus ojos. Nunca ganaremos la batalla con el León de la tribu de Judá. Niños y jóvenes, podemos decir esto o aquello a nuestros padres, y podemos burlarse de las amonestaciones y advertencias que nos dan, pero vendrá un momento cuando viene el Señor, y tendremos que rendir cuentas de lo que hemos hecho en esta vida. Hoy es el momento de buscarlo y de encontrarlo.

Hijos de Dios, ¡cuánto deben arder sus corazones con amor y con el deseo de conocer más a Cristo! ¡Cuánto debemos desear recibirlo como nuestra porción para el tiempo y para la eternidad, para que podamos escondernos bajo la sombra de Sus alas! “Se encorvó”, nos dice nuestro texto, “*se echó como león, así como león viejo; ¿quién lo despertará?*” Oh, para todo el pueblo de Dios, su salvación y su bendición están firmes y ciertísimas para siempre. Por lo tanto, les dice el Señor: “*No temas, gusano de Jacob, oh vosotros, los pocos de Israel; yo soy tu socorro, dice Jehová; el Santo de Israel es tu Redentor*”. (Isaías. 41:14). Él dice: “Yo te he redimido, y yo te redimiré hasta el último momento. Te llevaré al monte, a la Jerusalén celestial, donde ya no habrá ni aflicciones ni tribulaciones ni terrores del diablo, *“sino que Cristo es el todo, y en todos”*. Amén.